

**Es irónico, ¿quién iba a imaginarse que uno de los mejores conciertos que ha visto la humanidad sería con un muro entre la banda y el público?**

**H**abía mucha gente que ya lo rumoraba... el sitio oficial de Roger Waters llevaba mucho tiempo inactivo... dos meses donde sólo se veía literalmente una “pincelada” roja y el logotipo de Sony Entertainment... Nadie sabía que pasaba con la página pero los seguidores de Pink Floyd podíamos reconocer el trabajo del ilustrador Gerald Scarfe que había trabajado con Waters hace 30 años,... la expectativa empezaba a crecer... Finalmente llegó el anuncio oficial: Roger Waters realizaría una gira mundial con el mítico show The Wall del que, tras la presentación de 1990 en conmemoración de la caída del Muro de Berlín, dijo: “Nunca más lo volveré a hacer, es costoso, es difícil y no me quedan ganas de volver a hacerlo”. Veinte años después, su perspectiva cambió: “He decidido hacer The Wall porque ahora cuento con cosas que hace 20 años no estaban ni en mi imaginación, toda la tecnología nos permite realizar el show de una forma mas fácil...”.

Una de las noticias más impresionante en el mundo de los conciertos se hacía realidad, la euforia por la compra de los boletos no se hizo esperar y el día en que salieron a la venta en México literalmente volaron... Todos quienes pudimos adquirir boletos debimos esperar,

# Un muro derribado por emociones

Marco Barón Silva / Carlos Bernal  
Diseño de la Comunicación Gráfica

fastidiosa y desgastantemente, siete meses para realizar el sueño.

Desde la estación del metro Velódromo se respiraba un ambiente de tensión, estaba sucediendo algo inmenso: camisetas originales y otras creadas por el mundo “pirata” que hacían alusión a Waters y Pink Floyd se veían en 80% de las personas, gente desesperada por conseguir un boleto en el momento, e irónicamente gente desesperada por hacer negocio y vender sus boletos al triple del costo autorizado...

Tuve tiempo suficiente para dar una vuelta y el aire de optimismo y alegría en la gente me inundaba de una manera especial. Decidí que era momento de entrar al recinto, una hora antes de que empezara el concierto, al pasar por la puerta del acceso, me llenó una energía enorme, lo había logrado, estaba dentro, ahora sólo quedaba la espera... entonces sentí humedecer mis ojos y la primera lágrima de la noche empezó a rodar por mis mejillas...

Se estaba viviendo un suceso histórico, el renacer de un gigante de los escenarios del rock. Aquel montaje operístico de proporciones nunca antes vistas, que en su momento representó un desastre económico para la banda. Estábamos a punto de presenciar *The Wall*... abuelos padres e hijos se dieron cita bajo el domo de cobre para ser parte de la historia; no existió una brecha generacional.

Entré por el acceso que me correspondía, y fue casi inmediatamente que vi el inmenso escenario, justo como aquellas fotos de hace 30 años: un muro de 72 metros de largo y 12 de alto, la pantalla circular tan característica de los conciertos de Pink Floyd, y todos esos huecos en el muro a media construcción que se irían llenando durante la primera parte del concierto. El recinto empezó a llenarse, se res-

piraba impaciencia, pero igualmente alegría se veía en todas las personas, casi se podía adivinar la historia de todos y cada uno. Algunos caracterizados de acuerdo con la temática del concierto, otros más como “Pink”, y por ahí unos cuantos de traje y corbata, supongo yo, saliendo del trabajo.

La atmósfera era perfecta, todo estaba en su lugar, y tan pronto se escuchó esa mítica, triste y reveladora trompeta de “*Outside the wall*” anunciando el comienzo, el lugar enloqueció; la explosión no se hizo esperar con “*In the flesh*”... Waters envejecido, pero con una presencia escénica impresionante, entonando: *So ya! Thought you!, might like to, go to the show!...*

Más lágrimas y un nudo en la garganta que se sintió en igualdad con toda la potencia del sofisticado sistema de sonido ambiental de la producción. La maqueta de un avión caza *Spitfire* (como el que piloteaba el padre de Roger cuando murió en la segunda guerra mundial) estrellándose en la esquina superior derecha del muro nos dejó claro que esa sería una noche explosiva.

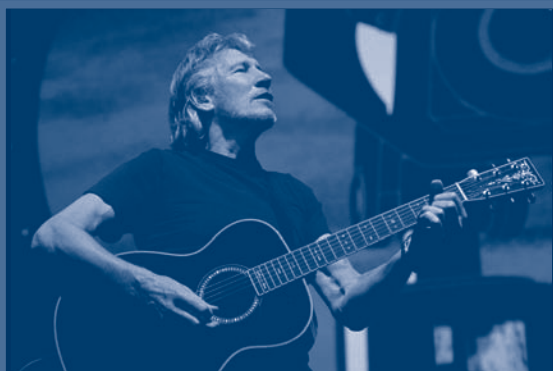
“*The thin ice*”, “*Another brick in the wall (pt1)*”, “*The happiest days of our lives*” y “*Another brick in the wall (pt2)*”, donde el despliegue de tecnología hizo completamente de las suyas para asombrar a todos los asistentes: animaciones 2D y 3D, efectos visuales provenientes de 16 cañones proyectores perfectamente



equilibrados y sincronizados convertían al muro en una inmensa pantalla “viva” que crecía en medida que se añadían ladrillos al muro, provocando un sin fin de emociones en los asistentes que, aunque teníamos la clara convicción de que el concierto, sería una experiencia audiovisual impactante nos quedamos cortos en imaginación. En ese momento se vivió el primer recuerdo simbólico, la marioneta inflable de “El Profesor” de gigantescas proporciones.

La enorme descarga de energía dio paso a un lugar más melancólico, así fue como llegó “Mother”, una de las piezas más representativas del doble álbum conceptual y que nos hizo a muchos recordar viejas glorias, viejos momentos: vimos al Roger Waters de 1980 mediante proyecciones, contrastando con el viejo Waters... aquel genio que ahora teníamos enfrente, compartiéndonos todos sus dolores mediante esta “puesta en escena”, los dos cantando y tocando en perfecta sincronía mientras el primer detalle para nuestro país se vio reflejado en el muro: en el momento en que llegó el verso Mother should i trust the goverment aparecieron dos leyendas, “No fuckin way” por un lado, y por el otro, “Ni madres wey”, provocando el éxtasis de la audiencia.

Con “Goodbye blue sky”, “Empty spaces”, “Young lust”, “One of my turns” y “Don’t leave me now”; las imágenes en el muro siguieron apareciendo, creando el ambiente correcto para invocar los dolores más grandes de esta obra de arte: sexo, desamor, engaño, abandono, la pérdida en los vicios que ofrece el inmenso y cruel mundo del rock and roll... la debacle de Pink.



Fuimos testigos del aislamiento, de la marioneta de "La Esposa" acosando a Waters para dar paso a "Another brick in the wall (pt3)" atestiguando como el muro reunía todos esos ladrillos, todas esas penas y traumas, todas sus piezas excepto una: un hueco en el muro permitía ver a Waters entonando "Goodbye cruel world"; cuando se tapó, dio paso a una ovación estruendosa y en el intermedio del concierto una extraña proyección hacia ver el muro afectado por el pasar de los años, sucio, rayado, añejo...

Los comentarios entre los asistentes no se hicieron esperar y sólo había espacios para alabanzas: "increíble", "impresionante", "no tengo palabras", "ya puedo morir tranquilo", se veían ojos llorosos y en el caso de las mujeres maquillajes corridos. Después de algunos minutos, el show continuó en su parte más extraña y sublime.

Es irónico, ¿quién iba a imaginarse que uno de los mejores conciertos que ha visto la humanidad sería con un muro entre la banda y el público?

"Hey you" e "Is there anybody out there" dieron paso a la que en mi opinión fue la mejor parte del show, en la que toda la melancolía y el mensaje estridente que Waters siempre ha llevado como estandarte se presentaron y fusionaron en un mismo sentimiento, solo que renovado después de 30 años.

Una plataforma con un sillón, una lámpara de pie y un monitor LCD se desprendieron del extremo izquierdo del escenario, era el momento de "Nobody home" con proyecciones en tiempo y forma justas, para después dar paso a una proyección con el rostro de Vera Lynn y la canción "Does anybody here remember Vera Lynn?" La melancolía estaba al máximo y empezaron a sonar redobles de tarola: la pieza con más contenido de protesta del disco comenzó a sonar: "Bring the boys back home", acompañada con imágenes de

soldados estadounidenses reuniéndose con sus hijos y una frase de Dwight Eisenhower: "Every gun that's made, every warship launched, every rocket fired, signifies, in the final sense, a theft from those who hunger and are not fed, those who are cold and are not clothed.." (Cada arma que es fabricada, cada buque de guerra lanzado, cada cohete encendido significa, al final, un robo a aquellos que tienen hambre y no son alimentados, a aquellos que tienen frío y no son vestidos). La plegaria de Waters, no para exigir el regreso de los caídos en combate de guerra, sino para terminar con todas las injusticias y la forma de vivir de la sociedad y política actual, provocando una mezcla de rabia, vergüenza y melancolía a todos los que estábamos presenciando esa lluvia de imágenes.

"Comfortably numb" nos cautivó desde el primer acorde, Robbie Wycoff y Dave Kilminster (voz y guitarra respectivamente) trataron de llenar el espacio de David Gilmour, aunque obviamente David siempre será irremplazable. El estruendo en el Domo de Cobre fue inigualable y las gargantas de los espectadores fueron exigidas al máximo antes del primer y hermoso solo de guitarra. Durante el segundo y magistral solo, que siempre nos ha erizado la piel, Waters golpeó el muro y simuló una ruptura en cadena que hacía desprender pedazos iluminados en *technicolor*... una descarga de emociones y sentimientos que destrozaban ese muro virtual encima del físico, hacían que ese fuera el momento más esperado de la noche...

Llegaron "In the flesh" y "Run like hell", entonces apareció el mítico jabalí flotante lleno de frases alusivas a la situación política actual, proyectando sobre el muro imágenes de Stalin, Hitler, Mao Tse-Tung y Bush, líderes políticos recordados por implementar sistemas opresores. En "Waiting for the worms" se usaron las viejas animaciones de los con-



ciertos originales pero ahora remasterizadas. La sátira política de Waters lució en todo su esplendor, intercalando al público en la parte final del show con coros, gritos y saludos estilo nazi al ritmo de los grandes martillos que marchaban detrás de la banda que apareció frente al muro para realizar la última parte del concierto, acompañada con encendedores que se prendían y apagaban al ritmo de la música.

Finalmente, "The trial". Waters totalmente solo, sentado frente a su gran muro simula contarnos esa gran historia mientras las animaciones de Geral Scarfe lucen en todo su esplendor, cubriendo totalmente la superficie y el fondo musical que queda coronado con el momento cumbre de la noche: la caída del muro.

El sonido y la energía de la que fui testigo hubiera dejado sordo a cualquiera que fuera pasando alrededor del recinto: casi dos minutos de puros gritos eufóricos, encendedores prendiendo por todos lados, decenas de cámaras intentando atrapar el momento que anunciaba el final, cuando Waters salió de entre los escombros para concluir el concierto.

El muro cayó, es todo lo que supe; no hay distancia ahora entre lo real y lo imaginario, Roger logró transportarnos al mundo de lo imaginario y surreal, al mundo que concibió a sus 33 años, donde reflejó todos sus demonios y traumas, permitiéndonos asomar al mundo de Pink y su muro... tan sólo me queda revivir las imágenes en mis sueños, saber muy dentro de mí y llevar en el corazón el hecho de que fui testigo de esas emociones, de esos sentimientos y todo lo que ahora son recuerdos que hicieron caer esa noche "el muro"...●

